

do solamente arrancarme de la contemplacion de aquellas grandes perspectivas. Los dos cenamos con el mayor gusto la frugal comida que nos sirvieron. D. Ruperto me propuso en seguida que fuésemos á respirar el aire libre fuera de la posada, y yo acepté su proposicion con toda mi voluntad. Nos encontrábamnos apenas al extremo de un sendero, cubierto de enormes plantas, cuando el capitán se detuvo repentinamente, y me mostró la tierra con la mano: á nuestros piés se encontraba, medio sepultado en el suelo por su propio peso, uno de aquellos cañones que los insurgentes habian conducido arrastrando desde las orillas del océano Pacífico hasta los límites del Estado de Jalisco. El guerrillero se sentó en el cañon, invitándome á que lo hiciese á su lado. El cielo de un color azul oscuro, se hallaba en aquel momento sembrado de innumerables estrellas; la brisa que corria era tibia; delante de la venta y alrededor de las hogueras, los arrieros cantaban sus inocentes canciones; el sonido de las campanillas de las mulas llegaba á mis oidos, mezclado con el de las cuerdas de una guitarra; los perros de guardia respondian con quejosos ladridos á los ruidos vagos y lejanos que condu-

cian las brisas de la noche. Conduciéndome á aquel lugar retirado, el capitán me dijo que juzgaba conveniente aquella hora para continuar la relacion de sus aventuras militares: yo me apresuré á contestarle que era de su misma opinion, y alentado de esta manera D. Ruperto, comenzó una larga relacion, que escuché sin interrumpirlo, sentado á su lado en el enmohecido cañon, á cuyo derredor las plantas enormes de yerba buena silvestre entrelazaba sus ramas vigorosas, derramando penetrantes perfumes.

I.

EL VOLADERO.

La ejecucion de Hidalgo y de sus principales compañeros de armas, me dijo el capitán, termina lo que puede llamarse el primer período de la guerra de independencia. Desde aquel momento cambió la escena completamente: en lugar de masas indisciplinadas, llegaron á ocupar el teatro de la guerra algunas bandas bien organizadas, reducidas á límites mas estrechos. Auxiliados por un corto número de soldados aguerridos, los movimientos de los nuevos jefes de la insurreccion

no fueron entorpecidos por poblaciones enteras. Cesaron de pillar los pueblos, de robar las cosechas; se respetaron los rebaños, dejaron que el comercio se desarrollase, y la causa de la emancipacion, gracias á la prudente actitud de sus nuevos soldados, contó prontamente entre sus partidarios á los ricos agricultores, á los comerciantes y á los propietarios de las grandes haciendas. Esta organizacion militar de la insurreccion fué el primer paso hácia la organizacion política. Se fundaron algunos periódicos para que circularan entre la poblacion mexicana las ideas liberales y los principios sociales que el siglo XVIII acababa de hacer triunfar en el antiguo mundo. Esta fué una de las armas mas formidables que minaron desde que se armó la revolucion en 1810, hasta la proclamacion de la independencia, la dominacion de los virreyes.

D. Ignacio Rayon personifica este segundo período de la insurreccion, como el cura Hidalgo personificó el primero. Despues de la prision del cura en Bajan, D. Ignacio Rayon tomó el mando de las banderas que habian quedado en el Saltillo, aumentadas con los hombres de la escolta de Hidalgo que pudieron escapar de los

soldados de Elizondo. Aunque su educacion, hecha en el colegio de San Ildefonso, lo hubiese preparado para el estudio de las leyes, mas bien que para un papel militar, D. Ignacio se elevó prontamente á la altura de su nueva posicion, y viéndose á la cabeza de cuatro mil hombres, no vaciló en sostener la campaña con su reducido ejército. Su primera operacion fué batirse en retirada hácia Zacatecas: para llegar á aquella ciudad, era preciso caminar cien o cincuenta leguas por un país árido y escaso de agua, y atravesando poblaciones enemigas. Era preciso, en seguida, apoderarse de Zacatecas y trasformar aquella plaza importante en un centro militar para la insurreccion. Esta grande empresa que fué conducida con valor y mucha inteligencia por el general Rayon, aun hoy se cuenta entre las mejores acciones de su carrera militar y de la guerra de independencia. Yo me hallaba en el número de aquellos partidarios leales que siguieron al general Rayon en su larga y penosa marcha del Saltillo y Zacatecas. Despues de haber asistido, como vd. sabe, á las principales escenas del drama tan tristemente desenlazado en Bajan, me dirigí al Saltillo, en donde encontré al general

Rayon, dispuesto á comenzar su movimiento de retirada. Nos pusimos en marcha cinco dias despues de haber sido aprehendidos Hidalgo y sus compañeros. Apenas abandonamos el Saltillo, cuando fué preciso comenzar las escaramuzas con las guerrillas españolas. Por espacio de cuatro dias tuvimos que sostener muchos combates, que no nos dejaban reposar un solo instante. Habiendo llegado al fin, á Paso de Piñones, fuimos detenidos por la division del general Ochoa. Nuestras tropas, fatigadas por cuatro dias de camino, habrian sucumbido ante la impetuosa carga del enemigo, si no hubiese llegado uno de nuestros jefes, el general Torres. Fué tal la impetuosidad del ataque, que los españoles sucumbieron á su turno, dejando con nuestros bagajes y cañones, de que se habian apoderado, trescientos de los suyos en el campo de batalla. Desgraciadamente nuestros cántaros y barriles fueron desfondados en la pelea, y teníamos que andar todavía mas de cien leguas, atravesando desiertos en que no habia una sola fuente ó riachuelo. Conduciamos á la retaguardia del ejército una considerable multitud de mugeres. Cada uno de nosotros, súbitamente improvisado soldado, habia conducido la suya. No

puede vd. formarse una idea de los atroces tormentos que nos hizo sufrir la sed durante aquella larga y penosa marcha, entre un cielo que jamas cubria una nube, y una tierra árida que no refrescaba ni aun el rocío de la noche.

Los crueles efectos de la falta de agua no solo se extendian á los hombres y á los animales, sino que inutilizaba nuestras armas, las mas formidables. Apenas nuestras piezas de artillería habian disparado una ó dos veces, cuando calentadas por un sol ardiente, quedaban fuera de servicio. En este estado de debilidad y de ruina era preciso, sin embargo, sostener incesantemente luchas encarnizadas contra las tropas españolas. Felizmente la energía moral de nuestro ejército no habia sufrido detrimento alguno; nuestras mugeres nos daban el ejemplo del valor, y los veteranos de la independencia nunca olvidarán el nombre de una de ellas, la Guanajuatense, la compañera del soldado estropeado que encontramos esta mañana. No sé cómo haré comprender á vd. el expediente original que imaginó la Guanajuatense un dia de tribulacion, en que faltaba el agua á nuestros artilleros para refrescar sus cañones incandescentes. Bástale saber á vd. que la Guanajuatense, se-

cundada por sus compañeras, salvó aquel día á nuestro ejército de un mal encuentro, y que gracias á su inspiracion feliz, si no heroica, nuestras baterías provistas de agua, apagaron en un momento los fuegos de los cañones enemigos. Tambien la Guanajuatense fué la que pocos dias despues, para engañar á los españoles, respecto al corto número de nuestros soldados, sugirió la idea de desplegar en batalla á todas las compañeras, con una pieza de artillería al frente de aquel batallon con *enaguas*. El enemigo, engañado por tal extratagemá, nos dejó tomar sin inquietarnos una posicion ventajosa que dominaba Zacatecas.

■ Gloriosos hechos de armas iban á interrumpir aquella série de escaramuzas y á indemnizarnos de los insignificantes combates que habian ocupado los primeros dias de nuestra retirada. Despues de la accion, en que el singular expediente de la Guanajuatense habia asegurado la victoria á nuestras armas, hicimos alto en un lugar llamado *Las Animas*. Aquel dia ofrecia nuestro campo un triste espectáculo. Muertos de sed y de fatiga, nos hallábamos acostados en un terreno cubierto con cadáveres de nuestros caballos y mulas de carga. Reinaba por todas partes un

lúgubre silencio, interrumpido de cuando en cuando por los quejidos de los heridos, que en medio de los tormentos de la sed solicitaban una gota de agua para refrescar sus bocas, inflamadas por la fiebre. Algunos soldados circulaban como espectros por entre aquellos cuerpos, moribundos unos, otros ya inanimados. Los centinelas casi no tenian fuerzas para sostener sus mosquetes, durante su cuarto, alrededor del campo. Yo mismo me encontraba aniquilado, y para aplacar la sed, habia pegado mis labios al puño de la espada. A poca distancia del lugar en que yo me encontraba, la muger á quien Albino Conde habia confiado á su hijo, y que yo habia admitido á mi servicio para ejecutar la última voluntad de mi antiguo camarada, rezaba llorando el rosario, y pedia á todos los santos del cielo que nos depurasen alguna nube preñada de agua. Los santos, desgraciadamente, no estaban aquel dia de humor de escucharnos, porque el sol espléndido continuaba su carrera en un cielo implacablemente limpio y sereno. Yo pedia á Dios que algunos merodeadores de mi tropa, que habian marchado en busca de alguna fuente oculta, tuviesen un feliz resultado en su expedicion, y sobre todo, que no olvidasen

á su capitán. Dios escuchó mis oraciones, porque á pocos momentos, ví avanzar á pasos de lobo, á uno de nuestros merodeadores que volvía del campo. Era el hombre que le enseñé á vd., el compañero de la Guanajuatense. En aquella época aun no cambiaba su nombre de Valdivia por el de Cureño, ni se hallaba tan espantosamente estropeado como lo ha visto vd. hoy; el tronco de un pino, no era ni mas derecho ni mas robusto que su cuerpo. Vd. ha podido juzgar de su fuerza hercúlea, y por lo mismo no le hablaré á vd. de ella; me limitaré á decirle que la inteligencia y el valor se hallaban en armonía con su vigor físico. En cualesquiera circunstancia, por crítica que fuese, Valdivia sabía siempre salir del mal paso.

—Señor capitán, me dijo, avanzando misteriosamente hácia el punto en que me encontraba envuelto en una capa de un dragon español, que había recogido en un campo de batalla; traigo un cántaro con algunas gotas de agua, para vd., para el niño y para su nodriza; pero desearía que nadie nos viese.

—¡Agu! exclamé demasiado conmovido en aquel momento, para conformarme á las prudentes prescripciones de Valdivia.

—¡Silencio! dijo: si quiere vd. creerme, será conveniente que espere para beber á que haya entrado la noche, y cuando haya vd. apagado su sed, yo le diré en dónde hay agua en abundancia, y le haré una proposición que le convendrá.

Yo alargué la mano con avidez para tomar el cántaro.

—Démelo vd., por Dios, le dije: la sed me consume, y me es imposible aguardar hasta la noche.

—Dentro de diez minutos habrá desaparecido la luz. Y por nuestro propio interés voy á esconder el cántaro: no quiero que los soldados furiosos, traten de matar á vd. por quitárselo. Entretanto mande vd. ensillar su caballo, y esperaré á vd. debajo de aquel *mezquite*, en donde está ensillado el mío. Tendremos necesidad de montar al momento; nos quedan cosa de cien hombres; deses vd. orden de que nos aguarden en el llano. Dirémos á los centinelas que vamos á buscar agua, y nos dejarán pasar sin dar la voz de alarma.

Valdivia se alejó á pesar de mis súplicas, llevándose el cántaro. Yo me apresuré á ejecutar sus recomendaciones, y á la entrada de la noche, nuestros soldados, dispuestos á marchar, nos esperaban en

el lugar convenido. Tomé mi caballo por la brida, conduje á la muger y al niño, y nos reunimos con Valdivia. En lugar de las gotas de agua que me había prometido, me dió un cántaro lleno. Fue necesario que hiciese yo un esfuerzo sobre mí mismo, para no consumir el contenido del cántaro, y satisfaciese la sed que me devoraba: dejé, sin embargo, una cantidad suficiente para la muger y para Albino, y cuando el cántaro quedó vacío:

—Véamos, dije á Valdivia: ¿qué es lo que va vd. á proponerme?

—Que vayamos, contestó, á tomar con nuestros cien hombres una hacienda que está á dos leguas de aquí, en donde hay agua en abundancia, y que solo está defendida por un destacamento español.

—Partamos, exclamé; pero si es cierto lo que vd. dice, ¿por qué no advertimos al general, y le pedimos mil hombres?

—¿Por qué? me respondió Valdivia: porque el general no es dueño de sus tropas, y cualquiera orden que diese en este momento, apresuraria la explosion de un complot que debe entregar el ejército á los españoles. Sí, señor capitan, si no tomamos al momento la hacienda de San Eustaquio, en la que he podido penetrar solo y llenar este cántaro, ma-

ñana el general Rayon no tendrá un solo soldado. Hay un traidor entre nosotros; ese traidor es el general Ponce.

Apenas concluyó de hablar Valdivia, cuando se oyó un gran tumulto en una de las extremidades del campo, que fué aumentando gradualmente. Se veian muchos hombres con antorchas ir y venir por todas partes iluminando diversos grupos de soldados, cuyos gritos llegaban hasta nuestros oidos. A la luz de las teas vimos al general Rayon abandonar su tienda, y avanzar solo, con la cabeza descubierta, al encuentro de los mas furiosos; pero su voz que ordinariamente era respetada, en aquel momento parecia desconocida.

—Me equivoqué en un dia, me dijo Valdivia; sin embargo, el general sujetará á los descontentos hasta que salga el sol; partamos sin pérdida de tiempo; es preciso que esta noche podamos volver á anunciar al general, que sus tropas tendrán agua mañana.

El tumulto continuaba, aunque no tan fuerte como al principio, y la voz del general que llegaba hasta nuestros oidos, dominaba mas y mas la de los soldados amotinados. Monté á caballo y Valdivia hizo otro tanto.

--En primer lugar, me dijo, es preciso que le traiga yo á vd. un centinela enemigo, del que fué necesario apoderarme.

Y sin tomarse el trabajo de explicarme aquellas palabras enigmáticas, Valdivia se alejó; pero no tardó mucho tiempo en volver, conduciendo entre sus brazos una masa negra y movable. Cuando estuvo á mi lado, reconocí que aquella masa era un hombre, vestido con el traje de lancero español. Valdivia colocó al hombre en el suelo, desató las cuerdas que lo ligaban, y lo hizo montar en las ancas de mi caballo. Mi robusto compañero, había creído que el medio mas seguro de llegar hasta el pozo de la hacienda, era agarrotar al centinela colocado cerca de la cisterna, y traerlo como un guía necesario en nuestra excursión nocturna. Cómo había llevado á cabo aquella atrevida empresa, y cómo había cojido y atado en el caballo al lancero español, no era necesario que me lo dijese Valdivia, por que sus brazos nerviosos explicaban mas que cuanto sus palabras hubieran podido agregar. Durante la corta ausencia de Valdivia, se había restablecido la calma en el campamento, y así es que podíamos continuar valerosamente la empresa, tan felizmente comenzada. Caminamos, pues,

sin descanso, hasta reunirnos con los soldados que nos esperaban en el llano, y á la cabeza de aquella pequeña fuerza, cabalgamos hácia la hacienda, espoleando á nuestros cansados animales. Durante el tránsito interrogamos al prisionero sobre la situacion y fuerza de la guarnicion española que ocupaba la hacienda de S. Eustaquio. Dicha guarnicion se componia, nos dijo el lancero, de quinientos hombres, poco mas ó menos, á las órdenes del comandante Larráinzar, hombre orgulloso, brutal y aborrecido por todos sus soldados. Tambien obtuvimos otros informes sobre la posicion de las tropas, y sobre los puntos que estaban mal defendidos.

No sin grandes dificultades pudimos recorrer por unos caminos espantosos, y con caballos fatigados, las dos ó tres leguas que separaban la hacienda de nuestro campamento. Va vd. á comprender por qué era el camino tan difícil. No lejos de la ciudad de Zacatecas, de la que el general Rayon trataba de apoderarse, no obstante hallarse ocupada por el enemigo, la Sierra Madre se divide en dos ramales. El primero que es el en que ahora nos encontramos, se dirige de Norte á Sur paralelamente, á las playas del océano Pa-

cífico; el otro corre de Norte á Este, siguiendo la curva del golfo de México. En uno de los puntos mas elevados de esta última ramificacion, se hallaba la hacienda de que queriamos apoderarnos. Ocupaba la extremidad de una de las mesetas de la cordillera.

Habiendo llegado á la hacienda sin ser observados, gracias á la oscuridad de la noche, hicimos alto bajo unos árboles elevados, á poca distancia del edificio, y yo me separé de mi tropa con el fin de verificar un reconocimiento. La hacienda, segun pude verla, deslizándose entre los árboles, formaba un gran paralelógramo macizo, sostenido por enojados pilares de cantería, teniendo solo por la parte que veia á la sierra algunas ventanas, ó mas bien claraboyas, cerradas con gruesas barras de hierro. Una pared alta, ancha y almenada, que cubria uno de los lados de aquel paralelógramo, contenia el patio, las caballerizas, la cochera y las trojes. La guarnicion española se hallaba alojada y formaba su campo en aquel patio. En el ángulo de la hacienda opuesto al en que me encontraba, sobresalia del techo un campanario cuadrado de tres cuerpos, que indicaba el lugar de la capilla. En cuanto á la parte posterior de la hacien-

da, estaba mejor protegida que los lados, por un abismo sin fondo, á cuyo borde las paredes de la hacienda se unian á una muralla tallada á pico por la naturaleza en un grupo de rocas, cuya base se buscaba en vano, por mas que la vista penetrase en el abismo, porque unos vapores azulados que subian sin cesar del fondo del precipicio, no permitian medir su profundidad. Aquel lugar se conocia en el país con el nombre del *Voladero*.

Habia yo explorado todos los alrededores del edificio, menos aquella parte; no sé qué punto de honor militar me arrastró á continuar mi ronda siguiendo la orilla del precipicio que protegía la parte posterior de la hacienda. Entre los muros y el abismo habia un sendero de cosa de seis piés de ancho; de dia el tránsito no hubiera sido peligroso, pero de noche era una empresa arriesgada. Las paredes eran muy elevadas y ocupaban una extension considerable; la vereda seguia en la propia direccion, y marchar por ella hasta donde terminaba, rodeado de tinieblas y á dos pasos de un precipicio, abierto á pico, no era cosa fácil, ni aun para un gigante tan hábil como yo. Sin embargo no vacilé y arremetí valerosamente á m

caballo entre las paredes de la finca y el precipicio del Voladero.

Habia andado sin obstáculo la mitad del camino, cuando repentinamente relinchó un caballo. Su relincho me hizo estremecer á pesar mio; habia llegado á un piso en donde el terreno tenia justamente al ancho necesario para las cuatro patas del animal; era imposible retroceder.

—¡Hola! grité con todas mis fuerzas á riesgo de descubrirme, lo que era menos peligroso que encontrar á otro jinete enfrente de mí en aquel camino; si hay algun cristiano que siga el borde del abismo, ¡que no avance!

Era demasiado tarde: un hombre á caballo aparecía en aquel instante, saliendo de uno de los pilares que por todas partes cubrian aquel maldito camino; aquel hombre marchaba á mi encuentro; yo vacilé en la silla, y un sudor frio cubrió mi frente.

—¿No puede vd. retroceder? ¡por el amor de Dios! exclamé asustado, considerando la espantosa desgracia que á los dos nos amenazaba.

—Imposible, respondió el caballero con voz ronca.

En aquel instante encomendé mi alma

á Dios. Dar media vuelta en aquel lugar tan reducido; volver por el camino que se habia recorrido haciendo andar al caballo para atras; echar pié á tierra, eran tres cosas imposibles, que colocaban á uno de nosotros dos en frente de una muerte segura: de dos jinetes que ocupasen aquel sendero fatal, aun cuando uno de ellos hubiese sido el padre y el otro su hijo, era absolutamente preciso que uno fuese presa del abismo. Habian trascurrido algunos segundos, y habiamos llegado uno frente á otro; las cabezas de los dos caballos se tocaban así como sus narices, por las que resollaban fuertemente por efecto del terror. Ambos jinetes hicimos alto en medio de un triste silencio. Por un lado se eleva liso, pulido y cortado á pico aquel muro de la hacienda; por el lado opuesto, á tres piés de distancia de esta muralla, abria su boca el espantoso abismo. ¿El individuo que se hallaba ante mi vista, era acaso algun enemigo? El amor de la patria que hervia en aquella época en mi corazon, hizo nacer esta esperanza.

—¿Está vd. por *México y los insurgentes*? exclamé en un momento de exaltacion, dispuesto á arrojarme sobre el desconocido, si respondia negativamente.

—Por *México* y por los *insurgentes*, contestó el caballero; soy el coronel Garduño.

—Y yo el capitán Castaños.

Hacia mucho tiempo que nos conocíamos, y si no hubiese sido por lo turbadas que se hallaban en aquel momento nuestras potencias, no habría sido necesario decirnos nuestros nombres. El coronel había marchado hacia dos días á la cabeza de un destacamento, que creíamos que habían destruido ó hecho prisionero, porque no había vuelto al campamento.

—Pues bien, coronel, le dije, siento mucho que no sea vd. español, porque ya comprenderá que es preciso que uno de nosotros ceda el paso al otro.

Nuestros caballos tenían las riendas sobre el pescenezo, así es que eché mano á mis pistolas para sacar mis pistolas.

—Ya lo sé, contestó el coronel con admirable serenidad, y ya habría atravesado la cabeza del caballo de vd., si no hubiese temido que espantándose el mío me precipitase al mismo tiempo que á vd. al fondo del abismo.

Observé, en efecto, que el coronel tenía sus pistolas en las manos. Los dos guardamos por unos instantes el mas profundo silencio. Nuestros caballos com-

prendían como nosotros el peligro, y permanecían inmóviles, como si sus piés estuviesen clavados en el suelo. Mi exaltación había cesado completamente.

—¿Qué harémos? pregunté al coronel.

—Que decida la suerte quién de los dos se ha de precipitar en el abismo.

Era, en efecto, la única manera de resolver la dificultad.

—Será preciso tomar algunas precauciones, añadió el coronel. Al que condene la suerte, se retirará como le sea posible. Es una esperanza muy remota la que le queda, pero, en fin, lo es, y sobre todo, este medio es favorable para el que gane.

—¿No ama vd. la vida? le pregunté, asombrado de la serenidad con que me hacia aquella proposición.

—Amo la vida mas que vd., respondió con aspereza el coronel, porque necesito vengar un mortal ultraje; pero él tiempo corre. ¿Quiere vd. proceder á la celebración de la última lotería, á que uno de nosotros debe asistir?

¿Y cómo había yo de proceder? Ibamos á rifar nuestra vida al dedo mojado como los niños, ó á cara ó armas como los estudiantes. Ambas cosas eran impracticables. Una mano imprudentemente alargada sobre la cabeza de los caballos, podía

causar un movimiento fatal á uno de nosotros. ¿Arrojar al aire una moneda? La noche era demasiado oscura para distinguir el lado que descubriera al caer. Al coronel le ocurrió un expediente, en el cual no pensaba yo.

—Escuche vd., capitán, me dijo el coronel, á quien habia dado parte de mis dudas, tengo otro medio. El terror que domina á nuestros caballos les arranca de cuando en cuando un resoplido fuerte. El primero de nosotros, cuyo caballo resuelle con fuerza...

—¿Ganará? exclamé.

—No; perderá. Sé que es vd. *campirano*, y vdes. pueden hacer de sus caballos lo que quieren. Yo, que el año pasado portaba la capa de estudiante en teología, desconfío de la habilidad ecuestre de vd. Podría hacer que relinchase su caballo; en cuanto á impedir que lo haga, es imposible para vd.

Esperábamos en un silencio lleno de ansiedad el resuello de uno de nuestros dos caballos. Este silencio duró un minuto, ¡un siglo! El que primero relinchó fué mi caballo. El coronel no manifestó su alegría con movimiento alguno; pero sin duda daba gracias á Dios desde lo más profundo de su corazón.

—¿Me concede vd. un minuto para encomendar mi alma á Dios? dije al coronel con tristeza.

—¿Le bastan á vd. cinco minutos?

—Sí, le respondí.

El coronel sacó su reloj. Dirigi al cielo, cubierto de estrellas, que creia contemplar por última vez, una ardiente y corta oración.

—Ya, dijo el coronel.

No respondí una sola palabra; con mano poco segura recoji las riendas, que reuní entre mis dedos, agitados por un temblor nervioso.

—Un minuto más, dije al coronel, porque necesito mucha serenidad para ejecutar la espantosa maniobra que voy á comenzar.

—Concedido, contestó Garduño.

Mi educación, como he dicho á vd., la habia recibido en el campo. Mi infancia y una parte de mi juventud, las habia pasado á caballo; y por lo mismo, puedo decir, sin que se entienda que es excesivo amor propio, que si habia alguno en el mundo capaz de verificar aquella proeza ecuestre, era yo. Hice un esfuerzo casi sobrenatural, y llegué á recobrar toda mi sangre fría en presencia de la muerte. La habia yo desafiado repetidas veces, para

que me espantase por mas tiempo. Desde aquel momento nació en mi corazon la esperanza.

Cuando mi caballo sintió por primera vez, desde el momento en que habia encontrado al coronel, que el freno sujetaba su boca, observé que se estremeció. Me afirmé vigorosamente en los estribos para hacer comprender al animal espantado, que su amo no temblaba. Lo sostuve con la brida y con las piernas, como debe hacerlo un jinete en un paso peligroso, y con las riendas, el cuerpo y las espuelas, logré hacerlo retroceder algunos pasos. Ya su cabeza se encontraba á una distancia regular de la del caballo que montaba el coronel, que me alentaba con su voz. Hecho esto, dejé que descansase un poco el pobre animal, que me obedecia, á pesar de su terror, y en seguida continué la operacion. Repentinamente sentí que se le iban las patas traseras; me estremecí horriblemente, cerré los ojos como si fuese á rodar por el abismo, y di á mi cuerpo un violento impulso hácia el lado en que estaban los muros de la hacienda, cuya superficie no me ofrecia ni una piedra ni una yerba para evitar la caída. Este brusco movimiento, unido á un esfuerzo desesperado que hizo el ca-

ballo, me salvó la vida. Se habia afirmado en sus cuatro patas, que temblaban, sin embargo de los esfuerzos que hacia por mantenerse quieto.

Afortunadamente habia yo llegado á un lugar mas espacioso entre la orilla del precipicio y las paredes de la finca. Algunas pulgadas mas de terreno me habrian permitido dar media vuelta; pero procurarlo hubiera sido exponerse á un peligro mortal, y por lo mismo no lo intenté. Quise continuar la marcha para atras; dos veces el caballo encabritó, volviendo á caer en el propio lugar. Por mas que lo excitaba con la voz, con la brida y con las espuelas, el animal rehusó obstinadamente dar un paso mas. Comprendí que me faltaba el valor porque no queria morir. Como un rayo de luz se ofreció repentinamente á mi imaginacion la última idea de salvacion, y resolví ejecutarla. En el atadero de mis botas de campana, y al alcance de mi mano, habia colocado un puñal, agudo y filoso; al momento lo desenvainé. Con la mano izquierda comencé á acariciar la crin de mi caballo, hablándole al mismo tiempo para que reconociese mi voz. El pobre animal respondió á mis caricias con un relincho, parecido á una queja; en seguida, para no

sorprenderlo, mi mano signió poco á poco la curva de su cuello nervioso, y la de tuve, en fin, en el lugar en donde la última vértebra, se une al cráneo. El caballo se estremeció; mas logré calmarlo con la voz; cuando sentí debajo de mis dedos palpar (si se me permite decirlo) la vida en el cerebro, me incliné hácia el lado de la pared, saqué suavemente los piés de los estribos é introduje con fuerza la hoja aguda de mi puñal en el lugar donde se encuentra el precipicio vital.

El animal cayó como si hubiese sido herido por un rayo, sin hacer el menor movimiento, y yo con las rodillas casi á la altura de la barba, me encontré montado en un cadáver. Me habia salvado; arrojé un grito de truíno al que contestó otro grito del coronel, que el abismo repitió mugiendo, como si hubiese comprendido que se le escapaba su presa. Abandoné la silla y me senté entre la pared y el cuerpo de mi caballo, y allí, apoyado en uno de los pilares, empujé vigorosamente con las dos piernas el cadáver del pobre animal, que rodó al abismo. Me levanté, atravesé con unos cuantos brincos toda la distancia que me separaba del lugar en que estaba al principio en el llano y bajo la irresistible reaccion del terror,

que habia comprimido por tanto tiempo, caí desmayado en el suelo. Cuando abrí los ojos, se hallaba á mi lado el coronel.

II.

LA HACIENDA DE S. EUSTAQUIO.

Después de haberme felicitado por mi destreza y mi serenidad, Garduño me preguntó, por qué casualidad me hallaba solo á aquella hora avanzada de la noche cerca de un edificio en donde habia una guarnicion española. Le dí parte del proyecto que nos conducia á mis soldados y á mí.

—¿Cuántos soldados tiene vd. á sus órdenes? me preguntó.

—Cien, poco mas ó menos, resueltos á beber agua ó á morir.

Al oír esta contestacion, ví que los ojos del oficial brillaban con una alegría casi feroz.

—¿Tiene vd. mucha sed? le pregunté.

—¡Sed de venganza! contestó el oficial; y ese es el motivo por qué, sin embargo de la destruccion casi total de mi destacamento, ando errante de dia y de noche, por estos alrededores, espiondo